HOMENAJE A ALBERTO SAURET, “CACHICHA”

Rodolfo Vázquez*

La grandeza humana sólo puede construirse desde la asunción trágica y heroica de su pequeñez: hacer de tripas, corazón. Me resisto al melodrama. Si mi final es feliz, que lo sea por añadidura, me basta con que sea digno. Ésta es mi desesperada pero no desesperanzada profesión de fe, mi pobre credo Caótico, Apoteósico y Romántico (pp. 36-7).

Alberto Sauret

No podemos explicar la amistad. Un día llega inesperadamente y un día nos deja sin ninguna piedad. En medio —y es quizás el único consuelo— queda algo intemporal, único e indescriptible, que vive en la memoria y que sólo entiende el corazón. Alberto murió el pasado 26 de febrero. Cumpliría 60 años el próximo 20 de diciembre. En la plenitud de sus facultades y con una vitalidad a prueba de parrandas y de alcoholes, que finalmente cedió ante un maldito cáncer, su ausencia resulta —me resulta— incomprensible y absurda.

Hoy, sus amigos y colegas de la universidad queremos recordarlo y festejarlo con la presentación de su libro póstumo, *Textos atorrantes*. En efecto, Alberto no alcanzó a ver la edición de su libro. ¡Cómo me hubiera gustado que lo viera! Estoy seguro de que lo primero que hubiera hecho, antes de rastrear la errata y reescribir párrafos, habría sido olfatearlo con un placer verdaderamente canino.

Una de las emociones más grandes que guardaré en mi vida es haber sido honrado por Alberto con una de las dedicatorias del libro; generosa y desproporcionada, cuando soy yo el que quedará siempre en gratitud con él. La otra dedicatoria es para el Primer Atorrante, amigo entrañable, Carlos Curutchet. Hace algunas semanas le pedí a Carlos que me manda-

* Departamento Académico de Derecho, ITAM.

RODOLFO VÁZQUEZ

ra algunas notas, algún recuerdo suelto para conocer algo más de Alberto. Esa petición se convirtió en una carta, que con la autorización de Carlos quisiera leerles en esta ocasión. Pero antes de hacerlo, y como preámbulo a la misma, quiero citar un párrafo de Alberto, que recojo de *Textos atorrantes*:

Quizá el único pecado inevitable, decía Alberto, sea el original. Atendiendo a una experiencia bastante prolongada –como pueden apreciar– estimo improbable que mi vida pueda transformarse interesante como para intentar eternizarla. No obstante, tanto como para no adoptar una postura que obstaculice por completo el milagro, he procedido a adelantar la primera frase de las que serían mis memorias, escribiendo: “Tuve una infancia muy difícil. Me tocó vivirla entre puros argentinos”. (369).

Paso a la carta:

“Nos conocimos con Alberto hacia el año 1963, no te puedo decir si en la escuela secundaria a la cual yo me había integrado en el tercer año y él cursaba segundo o simplemente en la noche de Victoria, que como toda ciudad chica tenía sólo un par de lugares para frecuentar.

176 Enseguida se dio una sintonía y comenzaron a aparecer intereses y sentimientos comunes. La música era uno de ellos, pero no en el sentido del estudio o la práctica profesional sino más bien vivíamos la onda Beatles y nos preguntamos por qué no tener nosotros también nuestro grupo. Yo le comenté que en alguna oportunidad en Paraná, había asistido a Bellas Artes para aprender guitarra, a él le interesaba la batería y estaba dispuesto a entrarle. Paso seguido fue conseguir dos compañeros preferentemente que supieran algo y aparecieron Pacuca (bajo) y Pin (primera guitarra). Alberto hizo un viaje a Santa Fé donde un tío tenía negocio de venta de instrumentos y se vino con una batería abajo del brazo.

La obtención de los recursos para el resto de los equipos no es muy loable. Le comenté que cerca de mi casa el gobierno había trabado embargo a un camión casi nuevo y lo tenían depositado en un terreno baldío pero tapiado. Fuimos una noche como a las tres de la mañana

con herramientas y linternas, le sacamos los palieres y otras piezas que tenían buen mercado secundario, como dicen los economistas, envolvimos todo con bolsas de arpillera y escondimos.

A los dos o tres días viendo que no pasaba nada nos fuimos caminando a las afueras de Victoria con los valiosos repuestos al hombro (pesaban como vaca muerta), y ya en la ruta nos subimos en un ómnibus que se dirigía a Nogoyá (45 km), donde sabíamos que se había instalado un campamento de gitanos. Llegamos, negociamos con el jefe que nos encandilaba con los reflejos del sol sobre su dentadura toditita de oro, y nos vinimos con el dinero suficiente para el proyecto, alcanzó justo. Esto hasta el día de hoy sólo lo se yo, aunque ya no le hace, el asunto prescribió, hoy estamos limpios, ajustado a derecho como se dice.

En un par de meses tuvimos nuestro primer “concierto”, nos presentamos con el nombre “Los Bachis” y un tema de Sandro. Por supuesto estábamos todos asustados y nerviosos pero al poco tiempo manejábamos el escenario con soltura, a tal punto que Alberto se había hecho famoso por probar el sonido tirándose pedos por micrófono, puesto a la altura requerida. Había gente que lo sabía y estaban atentos a la operación para festejar.

Cantábamos en español, inglés, francés, italiano y portugués. Alberto era el especialista en copiar la fonética con la oreja pegada al parlante del tocadisco y la verdad, salía bien o al menos nunca nadie nos dijo que no entendía nada. Por supuesto nadie de nuestro público sabía ninguna lengua extranjera, apenas balbuceaban el español provinciano, ese que de pronto en otra región hay que andar aclarando permanentemente.

Fueron años lindos, holgados en lo económico ya que cobrábamos bien, nos apreciaban y como no teníamos veleidades de éxito eso nos eximía de invertir en equipos y ferretería electrónica, todo lo obtenido se gastaba en vida y viajes. Una vez hicimos un cálculo cuando teníamos cerca de 18 años y nos dio que llevábamos más de cinco mil km. hechos a dedo.

Una cosa linda que tiene la vida en los pueblos. Por distintos motivos la policía nos invitaba con frecuencia a pasar una noche en el calabozo. Llegó un momento que en vez del calabozo nos dejaban estar en

RODOLFO VÁZQUEZ

la cocina tomando mate esperando que se hiciera de día, por ser menores no se nos podía retener ni tocar. Hace cuestión de dos meses tuve que ir al juzgado a firmar un poder, ya sabés que Alberto heredó todos sus bienes a una fundación y me nombró albacea, el juzgado está en un primer piso al lado de la policía y desde ahí vi el patio y los calabozos donde a veces nos alojaban, tuve sentimientos encontrados de añoranzas, tristeza y alegría.

Pasaron esos años lindos, se terminaron los estudios secundarios y hubo que salir para otros rumbos. Alberto se instaló en Bs As, consiguió trabajo en FIAT y se puso a estudiar en la Universidad del Salvador. Yo luego de estar tres años o más en Paraná donde tenía un negocio me instalé en Bs As a estudiar economía y retomamos las andanzas diarias. Los de Bs As fueron también años muy lindos, productivos y de viajes más extensos por el país. Alberto además de su carrera estudió fotografía, historia del arte, hizo periodismo, todo mientras trabajaba y asistía a la universidad, teníamos una barra muy linda de amigos que por suerte siguen hasta hoy.

Luego como ya sabés el país estalló en violencia extrema, se enturbió todo y apareció México como rumbo. Yo llegué en marzo de 76 y, a los tres meses, Alberto. Al principio nos instalamos en una pensión en la calle Yucatán núm. 3 y nos ganábamos la comida corrida con todo, su huevo estrellado y su refresco, trabajando de pintores. Este trabajo nos lo consiguió un gran mexicano, el dr. Carlos Anaya que era el auditor externo de Pepsi Cola. Con el temblor del 76 un edificio de nueve pisos que tenía la Cía en la calle Oaxaca, cerca de la fuente de Cibeles se agrietó todo, hubo que pintarlo. Nosotros pasamos un presupuesto más barato y se nos concedió la obra. Por supuesto que en todo esto estuvo la mano de Anaya, con esto se puede decir que pasamos al frente en lo económico y dejamos de correr la coneja.

Para que tengas una idea de nuestra estrechez, los domingos eran una fiesta ya que teníamos un rebusque que nos consiguió una amiga española. Cerca del medio día se presentaba en el teatro que está en la esquina del Hotel de México, sobre Insurgentes, creo que le llamaban Auditorio, la obra “Alicia en el País de las Maravillas” y la dirigía

nada menos que Enrique Alonso. Como el teatro es redondo y no permitían armar escenario con estructura, nosotros hacíamos de mobiliario. A veces éramos una mesita y silla, nos apoyábamos en las manos y rodillas y Alicia se sentaba en la espalda de uno y en la del otro apoyaba la tacita de te; también a veces éramos un jardín, nos sentábamos con flores grandes de papel de distintos colores, las movíamos suavemente y qué crees, Alicia se paseaba entre nosotros.

Como podrás apreciar nuestra intervención tenía poco que ver con el arte, pero como en esa época se cumplieron 400 representaciones de la obra se puso una placa a la entrada del teatro donde tuvieron la gentileza de incluirnos. Lo bueno era que al terminar nos daban 150 pesos y salíamos corriendo para comprar dos pollos rostizados, dos cahuamas, dos panes y una bolsita de chiles. Nos sentábamos en la cama con un banquito por mesa y ahí nos dábamos un banquete. Pensándolo bien creo que me equivoqué al hablarte de estrechez porque ahora a la distancia, y esto lo comentábamos con Alberto hace muy poco, valoramos esa penuria económica y vemos que las cosas se aprecian desde la escasez no desde la abundancia. La holgura, el exceso de comodidad generan aburrimiento, idiotizan el espíritu.

Enseguida quiso retomar estudios y fue a la Iberoamericana donde conoció a un gran tipo, el profesor Mansur, entre nosotros “el Turco”, su hijo trabaja en el ITAM, los otros días le llamó a Aurora y la emocionó tanto que cortó con él y me llamó a Montevideo para contarme. Era tal el aprecio que le tenía a Mansur, que cuando yo viajaba a México desde Montevideo, en el período del 84 al 87 que estuvo en Argentina, y pasaba por Bs As, se hacía quinientos km para verme en el aeropuerto de paso y alcanzarme unos libros para él. Cuando le hablaba a Mansur para vernos y darle los libros me citaba en el Sanborns de Insurgentes y Barranca del Muerto a tomar un café y se aparecía con siete u ocho libros para Alberto. Conocer a este gran tipo creo que lo decidió por estudiar en la Ibero. Ya tomando cursos un día me dice, vos sabés que en una clase creo que hay un loco de allá. Por supuesto ese loco eras vos, que representaste su pilar, su referente. Creo que la etapa que sigue la conocés muy bien y no quisiera aburrirte.

RODOLFO VÁZQUEZ

[Permítanme un paréntesis para introducir otra cita de Alberto, a la que no me resisto:

Mi primer día de clases de filosofía en México, a mis espaldas oí una voz que llamaba a alguien diciéndole “che”. Con impecable lógica argentina, me dije: “qué notable, recién llegué y ya todos me conocen”. En realidad llamaban a Rodolfo, sentado a unos metros de donde yo estaba. Ese día empezamos a conocernos; y aún “tenemos que hablar tantas cosas...”

Bastante tiempo después, porque él había contraído compromisos extraacadémicos, no podría impartir unas clases y me pidió lo reemplazara. No podía negarme y acepté aterrado. Lo tomé como un mal momento a superar, pero al concluir el semestre percibí que algo prodigioso se había estado produciendo inadvertidamente en mi persona: estaba descubriendo mi vocación más fuerte” (p. 321).

Vocación que prolongó hasta sus últimos días y que le unió tan estrechamente con esta institución.]

Una cosa que le gustaba mucho era disfrazarse, creo que en el 85 u 86 ganó el primer premio en la categoría máscara suelta del carnaval de Victoria. Uno de los disfraces fue de preservativo, se quejaron unas viejas muy creyentes, lo denunciaron y la policía fue a la casa y le dijeron: si esta noche se disfraza de “El caballero del Velo”, va preso. Como te podrás imaginar el nombre aludía a una conocida marca de preservativos nacionales “Velo Rosado”. Trataré de mandarte unas fotos que conseguí y las tengo en la PC, son del carnaval de febrero del 2007, ya luego vino lo bravo.

Le gustaban tanto esas cosas que pocos días antes de irse me pidió que hiciéramos juntos su testamento, estaba muy mal, apenas tenía fuerzas para hablar. Le dije, bueno acá hay dos cosas: una casa y dinero. Me indicó tener algunas atenciones y luego se me ocurre decirle: que te parece dentro de unos meses hacer un gran asado con todos los atorran-tes, con la mejor carne y vino como para que se bañen y salgan en cuatro patas, *vos invitás y es a tu memoria*. Me dijo, ... eso estaría muy bueno, ...dale nomás, y se quedó con la mirada perdida en el techo,

quizás imaginándose comentarios, lágrimas, risas, como anticipando una nostalgia.”

Hasta aquí la carta de Carlos. Esos atorrantes argentinos, que también están con nosotros, tienen nombre y apellido, y quiero recordarlos en este momento: Silvina Quintana, Héctor “Chacho” Sauret y Gloria, Felicia Larrosa, Juan Carlos Geneyro, Mario Rizzi, Mario Juárez, Pacheco Bardou, Cholo Rossi, Orlando Vera, Diego Mittelman, Karau, Guillermo, Carlos Prola, Tingo Bezarán, Eduardo Cabrera y El Canoero.

Por último, pero siempre en primerísimo lugar, a vos querida Aurora que has sido, como dice Alberto, “su mayor orgullo”, te recordamos hoy con el cariño y la admiración de siempre. Para vos va también este homenaje.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.